

José María Lafuente (ed.). *Correspondencia Julio Maruri - Pablo Beltrán de Heredia (1950-2004)*. Santander: Ediciones La Bahía, 2009.

He aquí una joya literaria, además de un documento inapreciable para calar en el ambiente cultural y la vida de Santander y de España en la segunda mitad del pasado siglo.

Se presentó en Santander en el mes de agosto. Julio estuvo presente, Pablo, ausente porque por aquellos días ya no salía de casa. Hasta entonces, Pablo hacía a diario una breve salida para comer al restaurante Cañadío, donde amables camareras le cuidaban con respeto y con cariño. Fui a verle a los pocos días para contarle la buena acogida que tuvo el libro y, pocos días después, le visité, de nuevo, para leerle el artículo que sobre el libro había escrito para El Diario Montañés. Le gustó. Estaba muy satisfecho de la edición, él que fue un exquisito editor, no profesional. «No es mi libro, matizó, es de Maruri, también». «Falta una cosa, me dijo, el índice onomástico, y lo voy a hacer para que se incluya» Quedé admirado de su energía y de la luz de inteligencia que brillaba en sus ojos, que me deslumbró. A los dos días siguientes ocurrió su muerte.

Quien lea este libro sin haber conocido antes a sus autores quedará admirado de la calidad humana, el saber, la finura espiritual y el don literario de estos dos personajes que por medio del viejo, y, al parecer, extinguido género epistolar, epistolómanos ellos como lo era Unamuno, se comunican y cambian impresiones sobre su mundo, sus amigos e, inevitablemente, su estado de ánimo. Y, como hilo conductor del transcurso epistolar de medio siglo, el amor al libro, el culto a la belleza, escrupulosamente llevado hasta el mínimo detalle en sus respectivos quehaceres, el afán incesante de crear.

Julio Maruri y Pablo Beltrán de Heredia son, ciertamente, dos ejemplares de esa minoría de hombres preclaros que se acercan a la luz e iluminan el paso de las generaciones. Los dos volvieron a Santander, después de largos años de ausencia, y vivieron a unos pasos, uno del otro, en Cañadío, donde tanto talento se ha concentrado en el último siglo: Herrera Oria, Pancho Cossío, Vegas Latapié, Botín, los Echegaray, Alfonso Osorio... (Cuántas veces me habló Pablo de que habría que poner en la plazuela del este de la iglesia de Santa Lucía un monolito con los nombres de estos patricios para recuerdo y estímulo de la ciudad; lo que desde aquí traslado, con el entusiasmo que en ello ponía el autor de la idea, al señor alcalde don Iñigo de la Serna). Los dos volvieron a Santander después de un largo viaje por la vida que ya va por los noventa años. Y los dos se encontraban, y Julio sigue, en lo alto de su riquísima madurez, con más ilusiones que melancolía, en un austero ejercicio de sus inmensas cualidades.

Julio Maruri es un maravilloso poeta, merecedor de los lauros que en vida recibieron Gerardo Diego y su amigo del alma José Hierro (Pepín le llama con el gran cariño que le profesó). El haber vivido fuera de España muchos años, y su apartamiento temporal en la Orden del Carmelo Reformado, donde fue fray Casto del Niño Jesús, ha perjudicado el conocimiento del poeta y de su obra, así como del pintor de tardía revelación, que también es, y su calidad sobresaliente. Vicente Aleixandre, que le admiraba, decía de él que «de rama en rama, era el más optimista

de los gorriones» Sigue así. Desde su vuelta a Santander vive encantado en su pequeño apartamento abuhardillado de Cañadío, como acaso soñó en su juventud tenerlo en Montmartre o en Montparnase, sale todos los días a hacer su compra al mercado, se relaciona con sus familiares y amigos, atiende con solicitud a los jóvenes poetas, le saluda la gente por la calle y él corresponde sonriente y humilde con el buen semblante y la gentileza de los señores de antaño.

Pablo Beltrán de Heredia era un intelectual difícil de encasillar, perjudicado, también, en cuanto al reconocimiento de su mérito y sus trabajos, por haber pasado los mejores años de su vida en la universidad norteamericana de Austin, donde enseñó Arte y Literatura española. (Al tiempo de la presentación de este libro se celebró una exposición sobre su peregrina figura en el Aula de Tantín, de Santander, y está a punto de salir un libro que refleja su vida y su obra. Tanto la exposición, como el libro anunciado se deben al impulso del empresario cántabro José María Lafuente, recientemente aparecido en la escena cultural de Cantabria, el mismo que ha publicado el libro que estoy comentado con su sello, Ediciones La Bahía).

Brillaba Pablo por su saber y su capacidad de acción. Le caracterizaban la imaginación, el buen gusto, la elegancia de conducta, el conocimiento de los clásicos, su tino artístico, su afán pedagógico y su cortesía, no reñida con un toque de excentricidad, que, por auténtica y noble, le hacía más notable. Su lema de acción era el aforismo machadiano: «hacer las cosas bien importa más que hacerlas». Sus críticas eran leales: alababa lo que le gustaba y rechazaba sin contemplaciones lo que no le complacía. Hay que añadir como notas sobresalientes de su carácter la fidelidad a la amistad y una capacidad extraordinaria para ver donde los demás no ven nada, acompañada del impulso irreprimito de ofrecer generosamente su visión a quien pudiera hacer buen uso de ella.

De lo que Cantabria debe a Pablo Beltrán de Heredia he dado cuenta, con admiración y a grandes rasgos, en varios artículos de El Diario Montañés, a propósito de su nombramiento de hijo adoptivo de la ciudad de Santander, ya hace años, y de las colecciones de libros que alumbró como editor. Primera en mi recuerdo es la colección «Clásicos de todos los años», en que junto a obras clásicas fueron publicadas obras de Aleixandre, Gerardo Diego, La fuente Ferrari, Francisco Ayala, D'Ors, Aranguren, Pepe Hierro... Tan estimada se hizo la colección que Jorge Guillén y Juan Benet expresaron su deseo de figurar en ella y, como era de esperar, en ella están. Otras colecciones muy estimables fueron «Viento Sur», «Colección Cantalapedra» y publicaciones de la «Escuela de Altamira».

Como señor de letras, Pablo felicitaba cada año las Navidades a sus amigos con preciosos libros editados por él para la ocasión. Estos libros formaron la colección «Colofón del año». Se editaban, como las anteriores, en la imprenta de los hermanos Bedia, bajo su escrupulosa y exigente supervisión, lo que ha dejado en la famosa imprenta el marchamo de calidad y primor de que goza.

Fue el gran animador de la Escuela de Altamira, movimiento de gran ambición artística radicado en Santander en 1948 con el propósito de revitalizar el arte en el ambiente empobrecido y de recortados vuelos de entonces. Jugó en dicha Escuela un papel fundamental como inspirador, animador y unidor de personas de

vario y difícil concertar, semejante al que José María de Cossío desempeñó con los poetas del 27, lo que hizo con el apoyo intelectual de Ricardo Gullón y el respaldo político de un poncio ilustrado, que fue el gobernador civil Joaquín Reguera Sevilla, gracias al cual fue Santander, en aquellos años difíciles de la posguerra, un foco cultural

José Hierro le llamaba don Beltrán, encerrando en este nombre el gran cariño y el respeto intelectual que le tenía y también su gratitud, pues Pablo fue para él guía, estímulo, crítico, antólogo, valedor y amigo constante; Pepe Hierro, labró para Pablo esta frase: «eminencia gris de toda empresa generosa», que queda más que probada en este epistolario y cuadra, como de molde, para su epítafio.

Estos ingredientes de la personalidad de los autores brotan en su correspondencia al hablar de sus amigos y de las cosas que les importan. Y como sus amigos son insignes: Pepe Hierro, Ricardo Gullón, Lafuente Ferrari, Vicente Aleixandre, Jesús Aguirre, Carlos Bousoño... y los que viven en Santander, actores de la vida cultural: Manolo Arce, Piti Cantalapiedra, Chus Otero...y ellos, los que se cartean. excelentes escritores, nos encontramos, como por arte de magia, envueltos en el ambiente recreado de Cantabria y de España de la segunda mitad del siglo pasado.

Ya en el año 83 ambos autores convinieron la publicación de esta correspondencia, de la cual habría que hacer algún expurgo «para no herir gratuitamente a nadie». Claro, le decía Pablo a Julio, que algunas de tus cartas son disparatadas, pero ¿es que la vida no es un puro disparate? Se han publicado las cartas cual fueron escritas.

Y ha resultado un libro de amena erudición y de fina psicología práctica; sin habérselo propuesto, ofrecen los amigos que se cartean, el reportaje vivaz y riguroso, la noticia fresca y bien contada, la crítica sagaz y sabia sobre obras de arte, lúcidas observaciones de gran calado humano sobre el acontecer político nacional y la vida santanderina, esbozos de personajes, páginas de estremecedora belleza, gozos y agonías del trabajo intelectual, confesiones que solo se hacen en horas de luz a los amigos que se quieren, normas de ética y de estética, culto a la belleza y a la amistad, amor a la obra bien hecha, rechazo visceral de toda forma de falacia y de vulgaridad...

En resumen, un libro en el que se aprenden muchas cosas y, principalmente, a vivir con dignidad.

PEDRO CRESPO DE LARA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID